

La crisis democrática: carisma y Neo-Populismo

Alexandre Dorna

Resumen

La crisis de la sociedad democrática contemporánea juega un rol en el renacimiento de los movimientos populosos y neo-fascistas con liderazgo carismático. Una reflexión sobre el resurgimiento de estos fenómenos en Europa ilustra esta afirmación. La situación que atraviesa México puede inspirar nuevas hipótesis y confirmar otras. Otro caso, Chile y Venezuela, ofrecen un terreno de observación similar.

Abstract

The crisis of contemporary democratic society plays a role in the revival of populous and neo-fascist movements with charismatic leadership. A reflection regarding the re-emergence of these phenomena in Europe confirms this affirmation. The situation that crosses Mexico can inspire new hypotheses and confirm others. Other cases, such as Chile and Venezuela, offer similar observations grounds.

Introducción

El punto de partida de nuestra ponencia consiste en observar el resurgimiento de movimientos populistas. Se sabe (Dorna, 1999) que históricamente el populismo se presenta al mismo tiempo como una respuesta política a una situación de crisis institucional y una alternativa ideológica cuya ambigüedad conceptual lo ubica en un “no man’s land” teórico. La pregunta que se hace y que justifica este trabajo consiste en plantear la necesidad de una descripción operacional de este fenómeno y de proponer algunas pistas de interpretación a la luz de los eventos contemporáneos.

Para entrar en materia, nada mejor que proyectar lo que actualmente está ocurriendo en materia de neo-populismo delante de nuestra vista a través de las imágenes difundidas por la televisión y la prensa escrita como una gran caja de resonancia.

Resulta necesario dar algún ejemplo, pero los alcances planetarios del fenómeno nos impiden evocarlos todos. Apostamos que todos lograrán identificar el fenómeno populista como una fuerza emergente con relación a su propia experiencia política y a su propio país. En términos prácticos es la prueba de la pertinencia de nuestras interrogaciones.

En los últimos meses varios fenómenos populistas han alimentado los comentarios de la prensa y las imágenes de la televisión. Tomemos la elección reciente de Silvio Berlusconi.

Otro hecho, bastante insólito, son los resultados electorales en Bulgaria donde el partido de Simeón II (Rey sin trono y que declara desear respetar las instituciones democráticas) ha ganado las elecciones y se apresta a constituir un gobierno en remplazo de los antiguos dirigentes comunistas.

Hace un año en México la victoria de Vicente Fox fue la prueba de fuego de un nuevo populismo de corte carismático; a lo cual se agrega en el contexto mexicano la existencia de otro fenómeno del mismo tipo, sin por ello pretender hacer una amalgama, en la persona del Sub. Cmte Marcos y el EZLN.

En Venezuela, la irrupción de una figura populista y carismática como la de Hugo Chávez en 1992 se transformó en una victoria anunciada cuando fue elegido por un segundo período hace poco tiempo. A cada cual le corresponde identificar sus propios fenómenos populistas del momento.

A escala planetaria forman una enorme, extraña y confusa legión extranjera donde bajo características formales semejantes se expresan figuras muy disímiles y emociones contradictorias.

Pero hay otra cuestión, tal vez aún más importante, la cual conduce a reflexionar más profundamente, y a estimar que el populismo, hoy en día, ha dejado de ser un simple epifenómeno efímero y sin grandes consecuencias. Se trata de un fenómeno lento y progresivo que podríamos denominar el retorno del populismo carismático en el seno de la sociedad civil.

En efecto, la observación fina de los eventos sociales actuales muestra que la acción política en el sentido ciudadano del término se desplaza progresivamente desde las instituciones modernas (democracia representativa, partidos, parlamento y gobierno) hacia los sectores asociativos y los lugares extra-institucionales, que general e inopinadamente se llama Sociedad Civil.

Si los partidos políticos canalizan cada vez menos los potenciales de renovación de la acción social y política, su rol es severamente contestado y criticado. Las figuras y representantes de la clase política pierden en credibilidad y los procesos electorales se muestran cada vez menos motivadores: el abstencionismo es generalizado y masivo.

Dentro de ese contexto no es raro que aquí y allá, en el seno de la sociedad civil, se manifiesten una serie de líderes emergentes de tipo carismático. De hecho, no hay grupo estructurado, en este momento, que no muestre la emergencia de estos tipos de líderes. Algunos logran traspasar los muros de indiferencia y de incomunicación de sus respectivas micro-organizaciones.

La prensa y la televisión ofrecen parcialmente y de manera fragmentada la presencia de estos nuevos agentes de opinión. Se trata de un fenómeno de atomización política. Toda la sociedad se balkaniza en múltiples "micro-comunidades" que generan sus estructuras de liderazgo y expresan sus intereses locales. En suma se trata de un "síndrome micro-carismático" que recuerda la descripción de la noción de "anomia" propuesto por Durkheim, pero que atendiendo a su generalización se muestra una atomización de masas.

A efectos de esclarecer lo anterior se plantean tres constataciones:

El populismo reaparece en estos últimos años bajo formas diversas y en países muy diferentes, pero dos de sus rasgos sobresalen, a saber: la presencia de líderes carismáticos y la hábil utilización de los medios de comunicación.

Aunque ciertos sociólogos persisten en ligar el populismo a los países del tercer mundo, la realidad actual muestra cómo ese fenómeno adquiere una vigencia planetaria. La presencia de un populismo europeo e incluso norteamericano no es nueva, pero su retorno a partir de los años '80 marca un viraje importante.

La historia del populismo es una sucesión de historias singulares. Hay un mosaico fragmentado de interpretaciones. Ninguna teoría ha logrado federar las diversas interpretaciones. La razón probable se encuentra en las amalgamas ideológicas y las polémicas partidistas que han oscurecido su análisis. Para dar muestra de esto se señala un elemento cuyo peso emocional contribuye a perturbar los juicios, a saber: asimilar el populismo al fascismo.

De estas constataciones surge una pregunta que deseamos abordar: ¿Existe una unidad de análisis psico-política posible para estudiar los fenómenos populistas? La primera tarea consiste en buscar algunos criterios capaces

de identificar los contenidos de la noción de populismo y luego de juzgar su papel dentro del proceso de crisis que vive la democracia representativa contemporánea.

1. La noción de Populismo y sus ambigüedades semánticas

En los hechos casi todo el mundo tiene una opinión y cree saber qué es el populismo, pero pocos son los que se aventuran a definirlo de manera precisa, pues los niveles de explicación se mezclan sin cesar. Los aspectos ideológicos se enmascaran a través de términos mentales, mientras que los elementos sociológicos ocultan los fundamentos emocionales.

En la práctica existe una suerte de consenso académico que hace del populismo un enigma político. Su presencia resulta tan insólita y vaga que M. Canovan (1982), una especialista en el tema, declara su impotencia y sugiere abandonar la pretensión de elaborar una teoría explicativa general.

¿De dónde surge esta dificultad para capturar la esencia del populismo? Probablemente del viejo y cartesiano hábito de desvincular lo racional de lo emocional y al mismo tiempo de separar los datos cuantitativos de sus fuentes cualitativas. Sin olvidar, por lo demás, una fuerte dosis de prejuicios ideológicos que con el pasar del tiempo se han consolidado y son difíciles de extirpar. Y sobre todo hay que recordar que la noción de populismo se establece a partir de una aglomeración de experiencias culturales diversas: rusa, americana, europea, latinoamericana, asiática, etc.

Sin embargo, la etimología tiene la virtud de remitirnos a sus raíces comunes. La fuente de origen se encuentra en tono al término pueblo. Figura lingüística polifónica, enigmática, que designa al mismo tiempo un conglomerado de hombres y su lugar de residencia.

La tradición greca y latina de la noción de pueblo recubre dos sentidos cuyas connotaciones específicas aumentan la ambigüedad y los equívocos. Por una parte está el “demos” de los griegos, noción que expresa al mismo tiempo la idea de ciudadano. Por otra parte, la noción de “populus” que suena mucho más plebeya y muestra la carga afectiva de la profunda diferencia de clases existente bajo el imperio romano.

Si la primera tiene un significado noble e igualitario, que encarna la unidad esperada y la forma estética de la voluntad general, la segunda representa algo vil y negativo que en la época moderna designa peyorativamente el “populacho”; las masas ignorantes y las multitudes sin control que hacen temblar los poderosos y cubren de pánico a las “gentes honestas” y al orden establecido.

¿Qué podemos entender del populismo en sus manifestaciones modernas?

No es extraño que sea la literatura del siglo XIX la que entregue un abigarrado conjunto de imágenes ambiguas sobre la cuestión populista. Una legión heterogénea de pensadores y literatos han dejado una huella perdurable de la fascinación del misterio de las masas y del populismo: Hugo, Michelet, Blanqui, Zola, Turgeniev, London, etc. La propia experiencia de estos personajes está inundada de un gran sentimiento de decepción. Todos ellos deploran la pérdida de valores humanistas y la instalación de un sistema conformista donde se mezclan la miseria y la explotación, la injusticia y el espíritu dogmático.

Quizás sea Víctor Hugo, catalogado de populista, por enfrentar con su pluma y su verbo la dictadura de Napoleón III, quien demuestra con fuerza la ambigüedad inherente del populismo al preguntarse románticamente: ¿Qué es el pueblo?

Su respuesta es una fórmula retórica “pueblo quiere decir el hombre. El pueblo no es otra cosa que el hombre mezclado a sí mismo, cuyo resultado es la suma más grande y posible de inteligencia, de virtud, de razón, de fe y de amor. El objetivo de la civilización: que el pueblo sea pueblo y que el pueblo sea hombre”. Independientemente de su carácter lírico, la interrogación de Víctor Hugo logra comunicarnos las fuerzas que atraviesan el populismo: lo político, lo filosófico, lo psicológico, lo antropológico y su dimensión histórica y cultural.

Curiosamente, en esta evocación el pueblo no posee una forma concreta. El pueblo emerge como una figura alegórica, ideal y mítica. El populismo en ese sentido integra el imaginario y la práctica social y es fundamentalmente un sentimiento, una actitud, una moral, un rechazo de la alienación del mundo industrial y de la fragmentación de la condición humana.

La fórmula de Víctor Hugo se abre sobre una tentativa de explicación que integra lo psicológico dentro de lo social y lo político. Más aún, hace de lo psicológico el nexo y la fuente. ¿Pero qué piensan los autores contemporáneos?

Un sociólogo experimentado como A. Touraine (1998) declara que “el populismo es el llamado de un líder a un pueblo contra los políticos y los intelectuales que los traicionan. Un llamado profundo al pueblo contra los malos representantes; evocación de aquello que define y que une contra lo que divide y el olvido de lo esencial”.

Por otra parte, uno de los especialistas en los problemas ideológicos y simbólicos, A. Pessin, plantea que el populismo es “un hecho colectivo, un

saber social que no puede entenderse sin la dialéctica de lo consciente y del inconsciente colectivo”. Y agrega: “toda manipulación del aparato simbólico global es de hecho decisiva en la renovación o la transformación de las relaciones sociales, lugar estratégico y táctico entre grupos rivales”.

J. Julliard (1997), historiador, intenta explicar la causa del populismo: “un divorcio doble está operándose delante de nuestros ojos, entre el pueblo y las elites; entre el pueblo y el progreso. Estamos entre dos cánceres rivales que se alimentan recíprocamente: el elitismo, es decir la democracia sin el pueblo y el populismo, es decir, el pueblo sin democracia”.

En suma: unos y otros constatan el impacto del populismo pero en ausencia de una teoría general de la democracia representativa y de su crisis. De allí la tendencia a diagnosticar sus excesos y sus límites sin integrar claramente la dimensión psicológica de la política.

2. Algunos signos de reconocimiento

Frente al desconcierto conceptual que rodea la noción de populismo, la descripción de algunos signos de reconocimiento permite clarificar su perfil al indagar sus características comunes:

Resulta un hecho que no hay política ni discurso, sin hacer referencia directa al pueblo. La democracia como forma de gobierno, cualquiera sea su forma, se funda en una soberanía ciudadana y popular.

El populismo se sitúa como una variante política frente a las crisis de los gobiernos y las insuficiencias de las elites, sean estos liberales o republicanos. Pero siendo un fenómeno eruptivo y efímero representa más bien un momento de transición que se expresa muchas veces de manera estridente. Aun más cuando su presencia coincide con una crisis generalizada de la sociedad en su conjunto.

En la mayoría de los casos se trata de una reacción de desesperación de las masas frente al inmovilismo y la incompetencia de una aristocracia de Estado que, usurpando la soberanía popular, se instala en el poder y se reproduce de manera oligárquica. Los movimientos populistas no provocan los cambios, más bien los acompañan.

Probablemente, uno de los aspectos más perturbadores del populismo no es tanto su carácter efervescente, sino el fondo emocional que lo acompaña. He allí una de las pistas que conducen del análisis sociológico a la interpretación psicológica.

La asombrosa energía que anima el populismo y su(s) líder(es) se anida en la crítica acerca del statu-quo y del orden (inmóvil) establecido. De allí su

aura “revolucionaria”. Pero, una reflexión más fina, muestra que la actitud populista representa más bien una sirena de alarma que una explosión capaz de destruir todo a su paso. Se trata de una advertencia fuerte, generalmente sin gran peligro para las estructuras de poder. De hecho, el llamado al pueblo es una respuesta positiva ante las fuerzas centrífugas que amenazan la unidad de la nación.

Todo movimiento populista se encarna en un líder percibido como un hombre providencial, un salvador. Personaje eminentemente carismático, cuyo estilo personal marca la situación y la época. Su relación con el pueblo es directa, calurosa, espontánea, hasta el punto de transformarse no solo en su portavoz sino también en su símbolo vivo.

La dimensión psicológica del líder ocupa un lugar central del escenario y del espacio político. Su imagen y su acción son percibidas como un anti-depresor social. Su palabra vincula un diagnóstico bastante ajustado de la realidad con una visión de esperanza emotiva. Y si todo carisma se funde en la retórica, raramente lo hace groseramente de manera demagógica. Ciertamente, la emoción sobrepasa la razón. Y es posible hablar de una postura desmesurada, pero en ningún caso de impostura.

Un elemento característico del populismo es su carácter pluriclasista. Si históricamente las experiencias populistas son diversas, ese rasgo atraviesa las situaciones y las épocas. La interpenetración de las clases sociales constituye la base de un movimiento que supera los antagonismos clásicos del enfrentamiento derecha-izquierda.

A diferencia de otros movimientos políticos (liberales, socialistas o fascistas) el populismo posee una ideología indefinida, vaga y en permanente construcción. Incluso, cuando el populismo logra implantarse en el poder su sello programático es un pragmatismo popular. La razón se descubre en su llamado original: al dirigirse a todo el pueblo y expresarse contra la casta gobernante. sus reivindicaciones son simples y evocadoras. Hay allí una extraña mezcla de mitos fundadores de la colectividad en crisis y de las expectativas que las masas resienten. Los líderes populistas son en ese sentido verdaderos catalizadores que ofrecen al mismo tiempo una salida y una vuelta al equilibrio anterior a la crisis.

El populismo es antes que nada un movimiento de masas más que un partido político, cuyas características corresponden perfectamente al concepto sociológico de movimiento introducido por algunos especialistas actuales: Tarrow, 1994; Tilly, 1993; Melucci, 1996. En efecto, una de las constantes de los movimientos populistas es su falta de un aparato organizacional fuertemente estructurado. Único nexo sólido es el líder. No hay o casi niveles intermediarios. Ciertamente que con el tiempo algunas estructuras se harán visi-

bles, pero aun así serán poco numerosas. Hay un “nosotros” que se identifica al hombre fuerte y conductor de masas.

Finalmente, es preciso clarificar un equívoco alimentado durante muchos años por fuerzas políticas diversas y antagónicas: el populismo no es un fascismo. Si algunos autores han pretendido vincularlo (Germani, 1963; Taguieff, 1988) lo han hecho sin grandes fundamentos objetivos. Hay que recordar que los fascismos tienen en común no tanto la cuestión de la identidad nacional, sino la reivindicación de la nación como una manifestación racial. Por otra parte, todos los fascismos instalan un poder estatal totalitario y un partido rígidamente estructurado. Cabe recordar también que los fascismos poseen una doctrina altamente sofisticada y lógica del Estado donde reina el culto a la personalidad del jefe y la sacralización del poder personal. Sin olvidar la disciplina militar y su jerarquía rígida que impone un orden de exclusión. Ninguno de estos rasgos se encuentra en los movimientos populistas.

3. La dinámica Populista: La crisis como telón de fondo

La emergencia del populismo se encuentra generalmente asociada a una situación de marasmo social y en un momento de crisis general de la sociedad. De hecho, las salidas de una crisis dependen en gran parte de la cultura de crisis de un pueblo y de la habilidad de sus dirigentes para evitar los extremos. De allí que algunas crisis perduran y se vuelven crónicas sin pasar de una situación “normal” a una extraordinaria, de la legalidad a la violencia, ni statu-quo a la ruptura.

El mecanismo principal de las dinámicas de crisis resulta siempre en último término la decepción de una realidad que se aleja del modelo teórico que la fundamenta y las expectativas críticas comienzan a elaborar un nuevo modelo aún no estructurado, pero que re-introduce las esperanzas y los deseos de que ocurra algo diferente.

3.1. Las fases de las crisis de cambios políticos

Los procesos de crisis y de cambio obedecen a un ritmo y a una psicología que permite considerar sintéticamente tres grandes fases, las cuales pueden interrumpirse o tomar un tiempo muy largo de incubación: la pre-crisis que puede ser larga; la fase de ruptura, generalmente rápida; y la fase post-crisis que abre un nuevo ciclo.

Si en cada fase, las manifestaciones psicológicas, sociológicas y políticas se entrecruzan hasta crear un clima global capaz de co-construir una percepción social, los actores (intelectuales, políticos, militares o religiosos)

juegan papeles importantes y contradictorios según los períodos que no es el caso de especificar, pero que deben considerarse dentro de una teoría general de la crisis.

La fase de pre-crisis se presenta de manera insinuante como un proceso psicológico en el cual se hace evidente la falta de confianza en los gobernantes y una gran dosis de conformismo político. Se puede apreciar una percepción social de bloqueo y un malestar generalizado. Si los componentes de la crisis forman una alquimia difícil de comprender; sus raíces se pierden en las insatisfacciones profundas del alma colectiva y en la acumulación de injusticias y frustraciones.

La cohesión social se vuelve artificial, la decepción desestructura los lazos de identificación entre la masa y las elites, la gente pierde el gusto de formar una nación, la moral de grupo se pervierte. El futuro provoca temor. Y un sentimiento de vacío interior corroe el civismo, la duda reemplaza el entusiasmo y el individualismo se impone. Sin embargo, la masa mantiene una creencia fuerte en un retorno a los valores fundadores y espera que esas virtudes míticas se encarnen en una figura que represente la esperanza.

Debemos precisar que la esperanza puede encarnarse no solo en un hombre, pues la alternativa puede percibirse en un cierto tipo de organización política, religiosa, o militar. En las sociedades modernas, la reacción populista se expresa en términos de una gran desilusión de la democracia representativa y de sus mandatarios. La crítica cubre el funcionamiento oligárquico, extraordinariamente bien descrito por R. Michels a comienzos de siglo, la corrupción de la vida política, la lucidez cínica de sus dirigentes, la demisión de sus intelectuales, la tecnocratización, y la maquiavelización de los conflictos de poder. El paso de la pre-crisis a la crisis propiamente tal puede expresarse en términos de una pregunta que se vuelve progresivamente colectiva: ¿cómo eliminar la elite en el poder, sus atribuciones, sus hábitos, su cultura de poder, sus personajes más típicos, sus referencias ideológicas, sus privilegios, y sus lacayos?

La fase siguiente es la ruptura. Los indicios de ese paso son de orden sociológico. Hay un conjunto inorganizado de reacciones violentas súbitas y sorpresivas. Un rechazo de los valores de orden y de convivencia ciudadana. Irrupción de lo emocional y abandono de las formas racionales de discusión. Manifestaciones de cólera. Reivindicaciones sociales, económicas y cívicas. Emergencia de nuevas figuras públicas de tipo carismáticas. Los excesos del estallido de las crisis han sido descritos en muchas ocasiones. Hay un momento de revuelta y de espasmos acelerados, cuya violencia puede sobrepasar las causas inmediatas. El ritmo se acelera. La historia retoma su memoria. Una ola de irracionalidad puede crearse a partir de las manifestaciones de masas incontroladas. Las autoridades se muestran inca-

paces de mantener el orden y se encuentran frente a un dilema político, especialmente en regímenes formalmente democracias representativas: reprimir o demisionar. Un sentimiento de caos se apodera del aparato gubernamental. Hay rupturas en la unidad de mando. Y la búsqueda de una salida se vuelve urgente. Las figuras del poder y sus servidores son desplazadas y aquellas que han emergido durante las fases anteriores se aprestan a ocupar los puestos clave. Y dentro de una gran confusión un nuevo poder se establece sobre las ruinas simbólicas del antiguo, pero dentro de una estructura organizacional prácticamente intacta.

La crisis toca a su fin, con el fin de una gran crisis anterior. Hay un período de calma llamado “estado de gracia”. El poder exhibe un nuevo rostro y una nueva forma. En muchos casos sus características son carismáticas. Un sentimiento de desahogo y de un recomenzar transfigura las acciones en nuevos símbolos políticos de cohesión. Se vive al ritmo de la propaganda: la evocación de la abolición de un pasado caduco y la exaltación de un futuro promisorio. Un nuevo ciclo se abre.

3.2. Las salidas de las crisis populistas

Los detractores del populismo (intelectuales y políticos) fundan muchas de sus críticas en las consecuencias de la toma del poder por las figuras populistas y, sobre todo, carismáticas. El gran peligro es la dictadura. Sin embargo, a la luz de la historia, si ese riesgo es potencial la realidad muestra que obedece más bien a un reflejo a la vez conservador y fantasmático. La propia naturaleza del populismo es una exigencia de democracia participativa, cuando una elite acapara en su beneficio el poder de manera oligárquica.

En muchos casos la democracia representativa se ha transformado en una pantalla que oculta un régimen aristocrático e incluso monárquico, y que en todo caso se reproduce en términos oligárquicos. Debemos situar los movimientos populistas dentro de los contextos de crisis. Hay en esas situaciones una pérdida de identidad nacional y de cohesión social, la propia noción de Estado-Nación se debilita y a la larga amenaza con desaparecer. Así, independientemente de los juicios de valor personales que se puedan emitir, la reacción populista surge como una suerte de barrera de contención frente a lo que la psicología colectiva percibe como un atolladero.

Vale la pena recordar que contrariamente a los temores mil veces expresados por los miembros de las elites en el poder, los movimientos auténticamente populistas son efímeros. La historia contemporánea muestra (a condición de evitar las amalgamas con los movimientos totalitarios) que los movimientos populistas no han generado dictaduras, sino momentos de apertura que conducen a una democracia reformada y al cambio (al menos parcial) de las elites.

A fin de ilustrar este propósito, una rápida evocación de las situaciones anteriores y posteriores a la presencia de los grandes movimientos populistas, puede clarificar los términos de la discusión.

Cuadro I: El antes y el después de los episodios populistas

Régimen “antes”	Experiencia populista	Régimen “después”
1) Zarismo absolutista moderno	Rusia	Zarismo
2) Democracia	EE. UU.	Democracia
3) Militar	Argentina	Militar

Cuadro II: El antes y el después de los episodios populistas en Francia

Régimen “antes”	Experiencia populista	Régimen “después”
Democracia republicana	Napoleón III	Democracia republicana
Democracia republicana	Boulangier	Democracia republicana
Nacional-fascismo	De Gaulle (1945-1947)	Democracia republicana
Democracia republicana	De Gaulle (1958-1969)	Democracia republicana
Democracia republicana	Poujade	Democracia republicana

Los cuadros presentados muestran la incidencia de los episodios populistas como momentos de transición. En cierta medida justifica reconsiderar la significación política del populismo. Se trata de períodos más o menos cortos que restablecen al menos en parte y simbólicamente en gran medida, la importancia del pueblo en los asuntos del poder.

Pueden así interpretarse como momentos de maduración y/o de recuperación de la vida pública cuando el Estado y los poderes se vuelven herméticos y la política atraviesa un período de glaciación emocional. Al combatir el statu-quo y el conformismo, los movimientos populistas obligan a las elites a renovarse y a crear las condiciones de algunas reformas necesarias a la modernización de la política y de la sociedad. Y contribuyen, así, a un reequilibrio democrático.

Cuestión compleja y polémica, hoy en día, pues toca directamente la base misma de la interpretación de la democracia y de la dictadura, sus antecedentes antiguos (griegos y romanos) y su transformación moderna. Si para los griegos la democracia es directa y sin intermediarios cuyo antónimo es la tiranía, para los romanos la dictadura es un asunto de circunstancia y de respuesta a un peligro público grave. Se trata de un momento especial que solo dura el momento de la crisis.

4. Elementos para una psicología del Populismo y de la cuestión carismática

Nadie puede ignorar los alcances psicológicos del populismo, aún más cuando es acompañando por la presencia de un liderazgo carismático. Pensar el populismo y el carisma como fenómenos mágicos surgidos ex-nihilo son ilógicos. Por cierto, las tentativas de generalización son aún imprudentes. Sin embargo, algunos mecanismos pueden ayudarnos a acercarnos a una explicación más objetiva.

Esquemáticamente, todo movimiento de masas sintetiza dos modos psicológicos de control social: la fascinación y la seducción. Ambos son formas de influencia social que representan una tentativa de identificación y de fusión entre el líder, (eventualmente la organización y los símbolos de los cuales es portavoz) y las masas.

Hay una fuerte dosis de exaltación y de entusiasmo que se cristaliza en un ideal encarnado. Los sujetos renuncian a su autonomía y desplazan su juicio de realidad individual hacia una voluntad colectiva encarnada por el líder. La seducción juega un rol fundamental. La fórmula de B. Gracian muestra aquí toda su fuerza: seducir para bien reducir. Si la fascinación es una suerte de "coup de foudre" enigmático cuya alquimia nos escapa, la seducción en cambio se ejerce a través de múltiples formas, posee matices y se refuerza en permanencia.

4.1. Los roles del liderazgo carismático populista.

El liderazgo carismático (Dorna 1998) sorprende por su energía y la claridad de su discurso, la capacidad contagiosa de crear un fuerte entusiasmo. Hay en el líder carismático un “self made man”. Popular en su lenguaje, posee un enraizamiento en las tradiciones comunes y una innovación en la forma, otorgándole una irresistible voluntad de poder.

Algunas veces se presenta bajo los hábitos de los profetas, y los atributos de César, pero se distingue de otros tipos de liderazgo por la plasticidad pragmática y la habilidad exuberante con la cual fecunda los tiempos de cambio.

Su conducta recuerda la disposición de un hermano mayor que establece un dialogo igualitario que atraviesa las diferencias de clase y de status. La comunicación es horizontal y de calidad, viva y abierta, directa y simple. Ofrece la imagen de un hombre disponible, atento, que escucha sin cálculo ni distancia.

Algunos psico-sociólogos (House, 1992; Rondeau, 1986; Barbuto, 1997) han logrado establecer, recientemente, los principales mecanismos (aplicables al populismo) que hacen del líder carismático un agente de cambio y de transformación:

- **La inspiración:** el líder motiva los miembros del grupo a superarse gracias a las calidades del conjunto.
- **La consideración:** el líder actúa como un guía para aquellos que necesitan ayuda.
- **La gratificación:** el líder recompensa las actitudes y los comportamientos de cambio de valores y de creencias.
- **La identificación:** el líder representa, a la vez, la encarnación de un proyecto colectivo y la adhesión de las mayorías.

Por cierto, los estudios de laboratorio no deben hacer olvidar que toda interpretación del liderazgo permanece inconsistente, cuando la historia y el contexto cultural permanecen desconocidos. Las épocas, los lugares, las costumbres y los hábitos de vida y de pensamiento son elementos importantes sin los cuales una teoría es incompleta.

4.2. Los roles de la emoción

Las emociones han sido percibidas dentro de la tradición racionalista como obstáculos que perturban el curso normal de las conductas. Sin embargo, los fenómenos de liderazgo no pueden dejar de lado los aspectos afectivos.

Desde sus inicios la psicología del liderazgo ha puesto en evidencia un juego sutil entre los aspectos racionales y emocionales del arte de mandar.

No hace mucho las investigaciones de Goleman (1995) han puesto nuevamente el acento sobre este factor determinante. Una de las grandes fuentes de incompreensión del fenómeno carismático ha sido la de confundir la lógica emocional con una representación irracional del mundo. Pero, la vuelta al estudio del discurso y de la retórica han contribuido a su clarificación en términos de estrategias persuasivas, pese a las dificultades técnicas de su evaluación (Dorna, 1991).

4.3. La identidad y la acción colectiva

La identidad es una noción tradicionalmente psicológica. Hay una paradoja en el hecho que sean los sociólogos más bien que los psicólogos sociales, quienes han puesto de relieve las relaciones entre la identidad y los movimientos sociales. Una razón importante es la consecuencia del uso y abuso del modelo individual utilizado por la psicología.

Dentro del enfoque de la sociología de los movimientos sociales propuesto por A. Touraine (1982, 1992), la identidad ocupa un lugar destacado como la base de la acción colectiva y de los juegos potencialmente conflictivos entre los actores y las instituciones.

Los principios de la identidad colectiva son los siguientes:

- **El principio de identidad disposicional:** Un movimiento social construye y reconstruye las identidades colectivas de base.
- **El principio de la identidad contradictoria:** Todo movimiento se construye a partir de un conflicto que le permite dar valor a su identidad y de definir los grupos opuestos, amigos, adversarios y enemigos. La teoría clásica de Maquiavelo y la más reciente del jurista alemán Carl Smichtt son referencias obligadas. Al mismo tiempo es útil recordar los trabajos en psicología social de los grupos pequeños sobre los fenómenos de “in-groups” y de “out-groups”.
- **El principio de la identidad global:** los movimientos tienen proyectos destinados a re-definir los alcances de un cambio de global sociedad.

Otro aspecto psicológico se encuentra expresado a través de los análisis de A. Pessin (1992) cuando propone la utilidad de incorporar la dimensión simbólica y el análisis de los mitos fundadores de la conducta populista.

Los mitos contribuyen a: 1) Legitimar los orígenes del orden social y al mismo tiempo poner en evidencia sus perversiones. 2) Expresar la superación de los conflictos psicológicos que provoca la evolución de la costum-

bre. 3) Mantener los residuos (noción propuesta por Pareto) que forman el zócalo de la identidad del grupo: creencias, valores, normas. 4) Justificar una moral superior y un estado permanente del alma épica.

En suma, de manera mucho más analítica, los mitos son miradas que interpretan un ideal que se presupone verdadero y una fuente de recuerdos capaces de revelar las razones de una acción estratégica de memoria. Los mitos proponen un marco de referencia del pasado que permite diagnosticar el presente y redefinir el futuro, exponer los valores de lo posible y lo deseable.

Con una gran pertinencia R. Girard escribe en “*la Violence et le Sacré*”: “El mito no es la expresión del equilibrio social, sino todo lo contrario, es decir la respuesta dinámica a las divisiones, a las violencias potenciales; la tentativa de sobrepasar a través de una lógica simbólica la negación practica inscrita en la actividad social”.

De allí que “toda manipulación del aparato simbólico es por lo tanto decisiva en la renovación o la transformación de las relaciones sociales, lugar estratégico y táctico entre grupos rivales”.

No sin fundamentos, entonces, el populismo y los líderes carismáticos recurren a la actualización de los mitos para re-fundar el futuro. Hay allí un nexo entre la política de contestación y los caminos eternos de las creencias religiosas.

5. A modo de conclusión: por un análisis renovado del Neo-populismo actual

Los elementos citados pueden contribuir a una renovación de los estudios actuales del fenómeno neo-populista carismático-mediático, que surge simultáneamente en los cuatro puntos cardinales del planeta, en el seno de dos fenómenos paralelos: la globalización de la economía mundial y las nuevas formas que asume la crisis prolongada del capitalismo.

¿Acaso no es una evidencia que las nuevas experiencias populistas encuentran su lugar en los medios masivos de comunicación? Un neo-populismo mediático es hoy plausible, pues los medios, especialmente la televisión e Internet, permiten multiplicar, variar las imágenes y darles a su discurso una gran audiencia extraordinaria.

Cabe imaginar una revalidación de los límites y las consecuencias de las experiencias populistas: son raros los movimientos de masas capaces de plantear de una manera radical los problemas de la glaciación de la política y la inutilidad social de las castas en el poder.

El populismo y sus líderes carismáticos deben ser considerados, ¿como una espada de Damocles suspendida sobre las cabezas de una ciudadanía consciente y de una democracia representativa ejemplar?

Nadie puede negar, cuando se reflexiona en función de la memoria y la emoción frente a la injusticia, que un evento populista puede contribuir a resolver una situación bloqueada. Lo que está en juego es la voluntad de reducir o no la distancia entre los principios y la realidad.

Baudrillard (1987) diagnostica con una suerte de lúcida crueldad la democracia representativa actual: su estado es el de la menopausia.

La crisis crónica de la modernidad implica responder a estas cuestiones. Si Habermas opina que la modernidad está en una fase aún no terminada, los post-modernos (Giddens, Beck, Lyotard) proponen brillantes interpretaciones y diagnósticos, pero sin ofrecer alternativas al liberalismo. En cuanto a los republicanos, se encuentran aún en el impasse de su propia renovación.

¿Qué lugar puede ocupar un movimiento populista y un líder carismático en un momento dado? ¿Puede surgir un líder carismático, popular y republicano? ¿Hay antecedentes?.

Léon Gambetta, una figura carismática y popular, desaparecido a la edad de 44 años, quien instala los pilares de la Tercera República Francesa, justifica su acción en los términos siguientes: “lo que constituye la verdadera democracia no es reconocer los iguales, sino hacerlos”.

“Ce qui constitue la vraie démocratie ce n'est pas de reconnaître les égaux, mais d'en faire”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baudrillard, J. (1987). *Cool memories*. Paris: Galilee.

Canovan, M. (1982). *Populism*. London: Junctions books.

Doma, A. (1998). *Le leader charismatique*. Paris: DDB.

Dorna, A. (1998). *Les fondements de la psychologie politique*. Paris: PUF.

Dorna, A. (1999). *Le populisme*. Paris: PUF.

Fukuyama, F. (1992). *The end of History and the last man*. New York: The Force Press.

Germani, G. (1968). *política y sociedad en una época de transición*. B. Aires:

Julliard, J. (1997). *La faute aux élites*. Paris: Gallimard.

Habermas, J. (1989). *Modernidad un proyecto incompleto. En el debate modernidad y posmodernidad*. Buenos Aires: Punto Sur.

Michels, R. (1911). *Les partis politiques*. Flammarion. Paris (1970).

Nicolet, C. (1982). *L'idée républicaine en France*. Paris: PUF.

Sartori, G. (1979). *La política*. Milán: Sugarco Edizioni.

Taguieff, P. A. (1088) *la force du prejuge*. Paris: La decouverte.

Touraine, A. (1982). *Mouvements sociaux d'aujourd'hui*. Paris: Ed. ouvrières.

Touraine, A. (1992). *Critique de la modernité*. Paris: Fayard.